

Geografía poética desobediente de un cuerpo-mujer sudaca en *Caguama. Escritos de una lesbiana gorda* de Gabriela Contreras

Gilda Luongo

“Para las mujeres la poesía no es un lujo. Es una necesidad vital.”

“Nunca se esperó que sobreviviéramos.”

Audre lorde

Gabriela me pide que escriba sobre su libro de poesía: *Caguama. Escritos de una lesbiana gorda*, 2022, Ediciones Invertidas, México. Lo hace, pienso, movida por esa proximidad que hemos levantado como argamasa. Este tiempo hemos compartido cercanas por su laboriosidad como directora, gestora de la editorial FEA (Feminismo, Estrías, Autogestión): “Hagamos las cosas de otra manera, Gilda”, fue su acogida para mi indecente deseo de publicación allí. FEA: un espacio editorial que la poeta no quiere llamar independiente, sino autónomo a boca llena. Un lugar libertario para quienes sentimos la necesidad de respirar otros aires. No, me digo, Gabriela Contreras no es predecible en este paisito triste, ocupa un lugar contracultural y se mueve como una tortuga, como una *Caguama* valerosa-laboriosa en estas aguas nuestras y ajenas, turbulentas, oscuras, densas, claras a veces, sinuosas, pesadas y livianas, mal-bien olientes. Así surge entre las dos una complicidad intensa con bordes amorosos desde nuestras diferencias diferentes: cuerpos, edades, historias, sexualidades, territorios, orígenes de clase, sentipensares, ideologemas, posicionamientos feministas, emociones, contradicciones. Me invita al lanzamiento de su poemario. Voy a contrapelo, no queriendo pisar más las Universidades, espacios duros del saber, jerárquicos, ampulosos, explotadores que lo fagocitan todo como si no hubiera otros lugares más sueltos, más libertarios y anchos. Tal vez no hay más. Sé demasiado acerca del consabido y aburrido rito institucional universitario, sin embargo me incita nuestra complicidad íntima. Me dejo sorprender por el modo en que arman junto a su compañera, amiga y cómplice Kono, un lanzamiento doble, conversado, suelto, provocador, libertario: *Caguama* y *La cerda punk*. Allí pude sentipensar ese posicionamiento de la “gordencia”

como un locus experiencial contracultural, ético-estético-político: otra diferencia posible en tramas múltiples. Me llevo dichosa *Caguama. Escritos de una lesbiana gorda* en mi mano, una lectura tentadora.

Leo *Caguama* con lentitud. Primero, dejándome seducir por el nombre y su sonoridad bella que resuena, para mí, en la imagen bella de la portada: ese relato. Muchas tortugas navegantes, de distinto tamaño, rodean a una barcaza pequeña, todo parece redondeado por un movimiento suave; el tono azul colabora con esa sensación de agua liviana, la luz de la lámpara y su fuego alientan a mirar el cuerpo redondo con el rostro iluminado que habita ese espacio navegador. Es el cuerpo de una mujer, -parece muchacha-, gorda, seria, desnuda, ensimismada en su labor de remar surcando las aguas junto a las tortugas. Imagino que no sabe a dónde va. Sólo se deja ir por el oleaje, ese movimiento suave. Su equipaje es un baúl pequeño del que cuelgan cosas. Cosas amadas, pienso, junto a otro ser vivo, un animal felino, un gato negro; un osito de peluche azul, una radio a pilas, una cuchara y un tenedor, una sartén, una fotografía de Audre Lorde, feminista lesbiana negra, poeta escritora y teórica del feminismo negro norteamericano; una silla pequeña, una casita con un corazón, una botella de agua para beber y el remo, por supuesto. Pienso que la tortuga y ese cuerpo de muchacha mujer arman una trama viviente en movimiento que, me digo, estallarán en la escritura del libro que me llama.

Y vuelvo otra vez, lenta, con deleite, al nombre bello: "*Caguama*". Busco. Descubro que viene de la palabra maya *ak-huakma* o del galibi, Venezuela, *kahuane*. Otros territorios inundan este poemario, me digo, son un pulso ancestral latente en esta Abya Yala, comunidades indígenas atesoradas. Aprendo: es el nombre que recibe una tortuga marina, un reptil, que también recibe el nombre de "boba" o careta"; habitante de océanos: Índico, Mediterráneo, Pacífico. Llega a medir hasta dos metros, pesa cerca de 135 kilos, su caparazón tiene forma de corazón y su cabeza es de gran tamaño, su color marrón rojizo con manchas resulta ser un paisaje marino. Su desplazamiento es lento, muy lento y está en peligro de extinción por sus huevos y su carne sabrosa que tienta a distintos depredadores, humanos y animales. Vuelvo a la imagen de la portada y ahí están ambos seres vivientes próximos, cercanos, interdependientes, similares, migrantes, vulnerables en esta danza cósmica en espiral. La vida en sus infinitas posibilidades. La posibilidad de lo posible

(Ahmed). El movimiento que incita a ambas es migratorio, viajero, expansivo, sus singularidades de seres vivientes, me digo, se hallan traslapadas por la interdependencia preciosa, esa coexistencia de la que nuestros pueblos indígenas sabían mucho antes de que los saberes occidentales de filosofxs llenaran los estantes de bibliotecas y librerías de hoy, olvidando por completo estas sabidurías ancestrales nuestras. El descentramiento de lo humano antropocéntrico es un signo que cubre el poemario desde su nombre, otra gran metáfora para desarmar lo civilizatorio armado con sello occidental ilustrado.

El nombre del poemario, (Viviana Ayilef, poeta del Puelmapu, dice seductoramente que nuestros escritos no tienen “títulos”, tienen “nombres”), es acompañado de un segundo nombre explicativo-reivindicativo que describe la pertenencia de esta labor poética, su autoría: *Escritos de una mujer lesbiana gorda*. Leo el posicionamiento inevitable de la autora. Este decir ancho quiere ser, de algún modo, la traducción de *Caguama* porque es la escritura del lenguaje de una sujeto singularizada como lesbiana y como gorda. Dos zonas como construcciones: su expansión e intensidad. Estas han sido construidas normativamente por la cultura occidental, tienen historia. Y la poeta quiere “caguamearlas” en este libro bello. *Lesbiana*, nombre denso, pesado, abyecto que esta cultura heteronormativa nuestra quiere silenciar entre las disidencias sexuales, entonces es necesario nombrarla sin ambages. “Poeta lesbiana” parece ser aun una zona obturada en el mundo del arte y la cultura en Chile. La autora quiere desmontar este lugar y contestar el silencio temeroso que no se atreve a hacer juntura alguna entre el arte y lo político. Zona que abre interrogantes múltiples respecto de lo que ha significado ser mujer de origen rural pobre, ser lesbiana, ser gorda y ser poeta. Diferencias que en carne y hueso constituyen un campo minado en términos de construcciones de subjetividades múltiples en las tramas de una cultura hegemónica que divorcia los cuerpos que importan de aquellos que no importan y, por lo tanto, estos últimos pueden llegar a ser considerados como no vivientes (Butler). Pienso en las diferencias de clase que están en cruce con estas dos diferencias que el nombre del poemario explicita. Lo hemos hablado, parcialmente, con Gabriela porque es una memoria que incardinamos en común, con diferencias, por cierto. No es la misma experiencia haber vivido la pobreza chilena a mediados del siglo XX, décadas del 50’, 60’, 70’ en la periferia de la metrópoli y haberla vivido a fines del siglo XX, los 80’ y 90’ en

una región rural de este país. Sin embargo, el común territorio de la pobreza en el siglo XX, esa exclusión, esa subyugación, ese sometimiento, me abre un abanico feminista para sentipensar cómplice entre la diferencia lésbica, la de gordencia, la de clase. Toditas sus sinuosidades, interconexiones, intersecciones y las complicidades que estas zonas político-culturales y vitales detonan en nuestras vidas de mujeres tercermundistas en tiempos ardorosos. Recuerdo haber leído una entrevista a Gabriela Contreras respecto de su poemario *Caguama* en la revista virtual *La Raza Cómica* y una de las preguntas indaga el porqué acerca del señalamiento “tan directo” de las diferencias: “lesbiana gorda”. La poeta allí, alude a la necesidad de tomar la palabra desde un lugar de desobediencia frente al régimen heterosexual y al régimen que regula las corporalidades normales, por un lado y por otro, a la necesidad de contestar a la gordofobia como una de las tantas violencias que hacen parte de la violencia estructural en estas sociedades patriarcales, coloniales, capitalistas. La necesidad de exponer las singularidades de otras experiencias vitales que no sean las del paradigma universal, masculino, propietario, blanco, delgado y patriarcal hace parte del deseo que impulsa esta escritura provocadora.

Vuelvo al libro. Al dar vuelta la página, hallo un epígrafe de Gloria Anzaldúa, la escritora, poeta, feminista chicana. Sentipienso que la cita hace las veces de umbral de los poemas que arman el libro. Leo la reiteración del lugar animal viviente, reptil antiguo, lento, acuático y terrenal que se desplaza bífido, de modo interminable en ese “allá donde voy” y carga con el “hogar” auestas en su cuerpo, en la “espalda”-caparazón-coraza, zona que articula esa corporalidad animal que “soy” desde la intimidad: “Soy una tortuga, allá donde voy llevo mi hogar en mi espalda”(7). El movimiento migrante, “allá donde voy”, ondula esta corporalidad en el poemario completo, tal vez todos sus versos encarnan el desplazamiento de un cuerpo/subjetividad *Caguama* que no cesa en su búsqueda de llegar a ser con otra(s), consigo misma en el encuentro benéfico, en un territorio desplegado como ajeno, el que sea, incluso la propia escritura. Un devenir extenso que la subjetividad poética enunciará con distintos tonos más intensos o más tenues.

Unas veces la voz poética será nostálgica, constatando la lejanía de un territorio que se deja atrás, una periferia, para volverse a otro territorio, al parecer más central, “la capital”. Pero

que nunca completa esa búsqueda de pertenecer porque hay otro lugar, ancestral, atávico que parece sostenerla en vilo desde la ternura más profunda. Es bello. La extranjería se hace sentir: “pero nunca encontré esa playa/había otras/que se parecían a mí/pero no soñaban/hacia el mar.” (10) Sola se arma a contrapelo, en una velocidad citadina que no calza con su lentitud de *Caguama*. La nombraron tortuga, esa animal viviente que entre otras nos-otras no logra acompañar pasado, presente y futuro en una linealidad de cemento, causal, ajena, occidental, blanca, clase-mediera, capitalista, aspiracional y vulnerable. La pobreza está dibujada en sus ojos: “mis ojitos de sur/decían pobreza” (11). Una ternura feble se cuele entre los versos que nombran esta ajenidad. Y entonces, como un relato de niña esperanzada y anhelante, aparece otro cuerpo que la dibuja: “hasta que tú hallaste/la geografía de mi piel”. Este encuentro/hallazgo/cobijo colma el anhelo de ternura amorosa, erótica, fogosa, lo blando del agua y la humedad caliente cubren los cuerpos, su cuerpo enorme de carne sabrosa de *Caguama*: “mientras jadeabas en mi boca/sudando la noche/esta habitación /dejó de ser sequía” (13). La otra amante es un espacio que parece refugio semejante: “Tu también llevas coraza/te dije” (15), es esa semejanza la que conecta, entrelaza dos cuerpos y su pasión. El devenir de la sujeto se hace lazo amante para seguirla, ir tras ella. Tendría que cruzar el charco: “para viajar/al país del saqueo” (17). Una pequeña historia de amor porque es inevitable que así sea. El desplazamiento es viaje a contrapelo al continente europeo, a esa blanquitud, a esa historia del colonizador. Pero ella no va sola, al descampado. Como en la imagen de la portada del libro, hace acopio de las mejores cosas que la sostienen en su barcaza. Cosas que son la ternura misma de las ancestras, las mujeres: “Apilé sobre el lomo/el aliento de mi abuela/junto a todas las hierbas/de su jardín” (21). Este modo de irse, unida a otras, no es soledad, no es intemperie, ni desamparo. Es la tierra, el mundo verde, es sabiduría ancestral olorosa de la abuela, es refugio espiritual chamánico de la pachamama y las mujeres de nuestra Abya Yala. Ese sostén frágil. La genealogía de mujeres puede ser aliento precioso: “puse debajo de ella/las aguas de mi madre/para rebosarme/cuando mi tardanza/vuelva a alejarme/ de la sorda multitud del arcoiris” (21) Así, la voz poética asienta su descubrimiento gozoso: “Las sudacas/nunca terminamos de cruzar la frontera/nos quedamos prendadas al viento sur/aunque los pies/residan otro suelo/llevamos la tierra/pegada a las uñas” (23) En ese hallazgo, el allá y el acá, dos territorios en disputa, la constituyen como sujeto con historia y conciencia de la

matriz colonial: el allá “donde duerme mi madre” (25), el acá: “donde aun bailan/encima de los muertos/ donde se disponen/ a hablar de nosotros/sin siquiera mencionarnos” (25). El posicionamiento es inevitable: “sostengo la cadena/ que arrastró mi abuela/ y su madre/ ahora tiene un nombre distinto” (26) Tal vez una especie de orgullo por la morenidad que se entromete (¿más libre que la de antes?) con pasaporte en esas tierras del acá y su blanquitud genocida impune. Una pequeña victoria feble de una ciudadana *Caguama*, me digo, ciudadanía pasajera, ilusión de sujeto tercermundista. Pero no es solo eso. “las tortugas caguama/ navegan evitando millones de anzuelos/oficinas de extranjería/policias internacional/papeles vencidos/miradas de asco” (27) Acá: resistir, sobrevivir, engañar, hacer el quite, arreglárselas, mimetizarse, pero es imposible ocultar la historia que grita el cuerpo y sus facciones, esa materialidad corporal y su filogénesis. Migrante, migrar, migrancia, migratorio, “la migración/es una mentira/ para no decir distancia” (29), aquella distancia inevitable, ajenidad, otredad, alteridad radical.

Otro tono se abre en el poemario con un nombre en letra imprenta en mayúscula de tamaño grande, como si fuera otro acápite del libro: “TENGO UN INCENDIO DENTRO DE LA BOCA” (31). La boca como cavidad del cuerpo, como orificio blando, rosado, húmedo; y el fuego, el ardor, el arder en llamas de las palabras, de lo que se puede decir y hacer con la boca, los sonidos. No solo son los gestos de esta parte del rostro; aunque también importan: abrir la boca para gritar, sacar la lengua, mostrar los dientes afilados, escupir, hacer guiños de asco, tirar besos, estirar los labios; tampoco lo que entra y sale como deglución de alimentos o expulsión de estos como vómitos, que también importa. Son las palabras quemantes las que vienen a incendiar este poemario de la sujeto *Caguama*, cuerpo que importa, palabras orales que importan y palabras escritas que importan porque son quemantes y ardorosas como un incendio inevitable. La (im)posibilidad de no escribir. En ese incendio, en esas lenguas llameantes de fuego la escritura brota deseante “en las cavidades/ de mi cuerpo quelonio” (33), cubierto por “la isla herida/que me pigmenta” (33). La emoción llamea en su decir breve “rabia”, y el cuerpo ligado a ella: “la historia de mi cuerpo/que creció sin medida/alimentado por el salario mínimo/ en un país tan delgado/como su memoria”. Estos versos bellos en su desmesura para gritar al país y al cuerpo propio en la juntura del desencuentro, de lo abismal de la separabilidad. Las formas

poéticas para articular este ser apátrida, desterrada, parecen aliviar la combustión, ese “pálpito de memorias entramadas”. Sin embargo, este es “un lenguaje transitorio/para articular las turbiedades/que me vuelven fuego/y me contienen.” (36) No, el fuego de este cuerpo-voz poética no cesa. Sólo parece yacer bajo la tierra, lo subterráneo, el marginio en las grietas de alcantarillas, sin relieve en esas “formas menos oficiales/ de decirnos” (37); “nos obligan a ser espiga/cuando somos imposibles” (38). En este poema de la duda, del descreimiento situado en lo nocturno, la voz poética transita desde la primera persona a la tercera persona del plural: “decirnos”, “iniciamos” “nos” “nuestros” “somos”. También aparece de pronto un “tú” que podría contener la superficie o profundidad del “nosotras”. Así, en plural, la fuerza del cuerpo se multiplica no solo en las emociones: dolores, rabias, la muerte y el fuego sino en el pulso, el latido de una cotidianeidad afiebrada, desobediente. Y el eco del nosotras aterriza en una figura en singular, la madre: “Eres mi única patria posible” (41). Bello. Una pertenencia posible: ese “tú mamá” cubierta por el sacrificio, la porfía, los pies, el sudor del pecho, la casa de paredes frías levantada a pulso, la manteca y el pan añejo. Y la voz poética se vuelve susurrante, cadenciosa e invocadora de esa figura materna, refugio de la intemperie, que tiene el potencial de revivir esa acogida tibiecita: “igual que esos días /que nos calentaba la frente/un brasero/y nos tiznaba de humo todo el invierno” (42) La sangre materna y su herencia cubren de ternura al cuerpo-voz poética cuando advierte a la madre acerca del posible olvido del lazo genealógico amoroso inevitable: “no te olvides que soy/desborde/y tu apellido/ la última parte/que se cae de mi cuerpo” (43). Bello. En esa genealogía materna dulce y desmesurada, cabe enterito este cuerpo enorme, ardoroso múltiple que se nombra bellamente: “nosotras/las geografías desobedientes” “cuerpos incorregibles”, “revelaciones fracturadas” “subversiones entre labios”, “entre grasas inflamables” (45), “migramos más allá/del poderoso relato de la ganancia”, “tenemos la necesidad de incendiar/ por todas las veces/que el ardor nos fue negado” (46). Y la necesidad de nombrar poéticamente desde el yo: “Tengo un incendio dentro de la boca” se vuelve colectivo porque no es en solitario que se logra articular el incendio sino con “mis amigas/sin diplomas/dueñas de nada” (47). Una zona de carencia material de lo que pareciera habilitar una ciudadanía normal, neoliberal, aspiracional, capitalista, institucional, propietaria hace posible construir la tribu poderosa: “prolongan una llama antigua/que nos enciende la lengua/cuando nos besamos arde/cuando hay

distancia/nos volvemos humo/dibujamos poemas en el cielo/que solo nosotras sabemos leer/ellas tienen piernas fuertes/yo provengo de una tortuga/tejido adiposo/caparazón” (47-8). Esta construcción colectiva del nosotras desobediente, a contrapelo de los mandatos normativos y legales no omite la diferencia entre el nosotras, todo lo contrario, la hace explícita y, de este modo, hace posible la construcción potente y más fuerte entre nos-otras: “Mis amigas/me obligan a mostrar los dientes/ de otra forma/ lanzar palabras piedra/bocanadas flameantes” (48). Así, instigada, convocada, alentada, es posible probar, tantear otros saberes: “pero he sabido encenderme/cuando ha sido necesario” (48). Este ímpetu colectivo para crear y resistir creando ilumina y enciende el ardor necesario: “nos abrigamos nosotras/desde antes de la borradura/el abrigo es otro artefacto incendiario/imposible de apagar” (49). Bellamente la voz poética asienta la vertiente ética-estética-política sin la cual es imposible la posibilidad de lo posible (Ahmed) entre diferencias diferentes (Lorde). Y la materia, la materialidad del cuerpo persiste, ahora en los fluidos, los flujos. Su presencia fuerte, lágrimas y sangre, cubren bellamente el amor entre dos mujeres. Cuerpos que no importan: “Posiblemente a nadie le importe/dos mujeres/que al estrellarse/lleen sus labios de sangre” (51). “y lloramos/por las que no supieron llorar”. Sin embargo, en esa existencia poética de cuerpos que no importan: “Era necesario deshacernos/como casa de barro/demolernos en la lengua/derramarnos distinto” (53). Hacerse flujo para volver a tomar forma. Hay una apuesta territorial de cuerpos que se deshacen para volver a crearse en medio de las fracturas, del delirio, del desapego del linaje para, de una vez, habitar otro espacio: “sabiendo que estar juntas/era una forma menos triste/de estar solas.” (54) “Juntas”, esa dupla, parece ser una promesa de otra geografía corporal entre mujeres, otra geografía poética desobediente y tierna; habitar de ese modo oxigena la vida, da respiro ante un mundo hostil y ajeno, expoliador de la vida buena posible. Hacer casa propia, nunca con las herramientas del amo (Lorde), para “tener derecho a soñar” en levantar la casa propia, con otra argamasa, con otro amasijo, otro amasamiento (Anzaldúa), con el ardor de la propia hoguera. Entonces, es inevitable saber que ese estar solas, en la dupla amorosa, es también un habitar con otras-otras en ese mundo hostil: “de mujeres asalariadas/sosteniendo una normalidad/que nos destroza” (58). La conciencia política feminista es pulso constante porque se reitera el “nosotras” como eco interminable: “pero se ha repetido/siglos antes de nosotras” (58). Y el uso del apelativo a un

tú, provocador de conciencia, parece disparo de fuego a boca de jarro: “tú desconoces el hábito/de sobrevivencia/porque no sabes del hambre hilvanada/en las rodillas/ni de los músculos fríos/en las noches de asfalto” (58). Ese “tú” ignorante desconoce la jornada de trabajo extenuante y explotadora de los cuerpos femeninos. La clase otra vez que palpita en este poemario bello. La jornada laboral de hoy es “durante ocho horas/seis días a la semana” (58). Sin embargo, me digo, para muchas es jornada triple, trabajo de casa y cuidados sin salario, trabajo asalariado explotado, trabajo político sin salario. Porque cuando la reproducción, que es producción capitalista, se vuelve demanda para nosotras no hay descanso; porque la inserción anhelada al trabajo remunerado no es salario suficiente, no hay descanso; porque cuando la conciencia feminista despierta se vuelve laboriosidad para nosotras y no hay descanso. Contar y contar los días y las noches laboriosas de nosotras las mujeres y nuestra sobrevivencia en este sistema patriarcal voraz. Ese es el ímpetu iracundo que me despierta la voz poética en estos versos encendidos, llameantes. Y la “ella” vuelve hacia sí misma en este viaje poético, una subjetividad con otras. Su ímpetu es tener volumen de animal salvaje antiguo, no obstante, su grosor permanece invisible, con su “cajita musical dinamitada/ a la que llamo corazón” (61). Las demás la aconsejan: domesticarse, dejar ese “temblor equivocado”, “ceñirse a los días hábiles”, “renunciar al resentimiento”, “no decirlo todo”, “encerrarse”, “o desfilar por la Alameda una vez al año” (60-62). La ironía es un modo agresivo de decir. La voz poética sabe de eso y es capaz de volverla hacia sí misma: “pero no balbucear mis deseos/cuando me encuentren atada a la máquina/que he escupido/pero me llena la boca.” (62) La descarnadura de un posicionamiento y su lucidez. Nuestras contradicciones. Junto a este decir desollador, subsiste el palpito de la genealogía ancestral como un “sin embargo”, un adversativo que contrarresta y contesta desde una zona luminosa, desde el buen vivir. Un sostén que sostiene otra vez, en memoria verde (“A la Machi Francisca Linconao”, 65), en respiro, en ternura, en resistencia desobediente, en corazón *Caguama* que navega por las aguas, los fluidos: lágrimas y sangre, de modo lento y seguro con cositas atesoradas: “me quieren quitar los ojitos del sur/ pero mi respiración/ no va a quebrarse” (66); “me quieren quitar los ojitos/y dejarme en este desierto rebelde/ que quiere llover” (67) Y el poemario cierra en este mismo tono con una promesa: “Vamos a ser amenaza” (69). Ante el desastre y los estragos colonizadores y capitalistas patriarcales de ayer y de hoy, aún estamos

“nosotras” y el eco de las luchadoras indígenas en Abya Yala, se multiplica. El poema bello relata los estragos: “nos llenaron de miedo y medicinas/siendo herederas de una hierba tierna” (69); “el pasado es mucho más que pasado” (70) “nosotras/las que ni hombres/ni mujeres/las que más bien derrumbe/más bien soledades/ tenemos colgando un mapa/que señala niñas tristes” (71) Pero: “nosotras/somos expertas/tenemos otras estrategias/para nunca soltarnos de la mano” (72); “infectas de rabia/nos encontramos en sueños/y enhebramos la tristeza de la distancia/inventada por ustedes”; “si mañana seremos ruinas/si me estoy acabando por latir/ quiero deshacerme entre tus piernas/vaciar mi aliento en tu pubis/así/cuando nos encuentren/prendan fuego de una vez”(73). Sin ninguna pretensión mesiánica, heroica, ni megalómana, la promesa parece deslizarse entre el “si” condicional que susurra el apocalipsis de esto que llamamos civilización, para terminar en el refugio inevitable de los cuerpos de mujeres que se aman y desean a contrapelo de toda amenaza de aislamiento y destrucción. Pero esta promesa, me digo azorada, no borra la destrucción sistémica, más bien la desafía en un movimiento y flujo constante, con la presencia enorme de corporalidades subversivas y contraculturales que “saben” de desastres y estragos gracias a la memoria ancestral que nos habita y gracias a la “reveladora destilación de la experiencia” (Lorde) de nuestras propias vidas. Bienvenida la belleza de *Caguama. Escritos de una lesbiana gorda*, navegadora tierna de geografías poéticas desobedientes y su desafío de lecturas creadoras múltiples, inacabables.

Santiago centro

Febrero, 2023